

á Fernando. El buque de la reina fugitiva hizo el saludo: el buque del rey llamado no contestó: la prosperidad no reconoce á su hermana la adversidad. De este modo las ilusiones desvanecidas para unos, principian para otros: así se cruzan por los vientos y las olas los inconstantes destinos humanos: risueños ó funestos, un mismo destino los condena y los sepulta.

Murat terminaba en otra parte su carrera. El 25 de mayo de 1815, á las diez de la noche, abordó al golfo Juan, adonde había abordado su cuñado. La fortuna hacia representar á Joaquín la parodia de Napoleón. Este no creía en la fuerza de la desgracia y en el auxilio que presta á las almas grandes: prohibió al rey destronado la entrada en París; puso en lazareto á aquel hombre atacado de la peste de los vencidos y le relegó á una casa de campo llamada *Plaisance*, cerca de Tolon. Mejor habría hecho en temer menos un contagio de que él mismo había sido atacado. ¿Quién sabe lo que un soldado como Murat hubiera podido hacer en la batalla de Waterloo?

El rey de Nápoles, en medio de su pesar, escribía á Fouché en 19 de Julio de 1815:

«Responderé á los que me acusan de haber principiado las hostilidades demasiado pronto, que fueron rotas á petición formal del emperador, y que hace tres meses no ha cesado este de darme seguridades acerca de sus sentimientos acreditando ministros cerca de mi persona, escribiéndome que contaba conmigo y que no me abandonaría jamás. Solo cuando se ha visto que ya acababa de perder con el trono los medios de continuar el poderoso movimiento militar que duraba hace tres meses, se ha querido extraviar la opinion pública, insinuado que he obrado por mi propia cuenta, y no de acuerdo con el emperador.»

Hubo en el mundo una mujer generosa y bella: cuando esta llegó á París, la recibió Mad. Recamier, y no la abandonó en los tiempos de desgracia. Entre los papeles que dejó se han hallado dos cartas de Murat del mes de junio de 1815, que son útiles para la historia.

6 de junio de 1815.

«He perdido por la Francia la mas bella existencia: he peleado por el emperador, y por su causa se hallan en cautiverio mis hijos y mi mujer. La patria está en peligro, y ofrezco mis servicios, pero aplazan el aceptarlos. No sé si estoy libre ó prisionero: Debo quedar envuelto en la ruina del emperador si este sucumbe, y se me quitan los medios de servirle y de servir á mi propia causa. Pido las razones; se me responde oscuramente, y no puedo hacerme juez de mi posicion. Ni puedo ir á París, en donde mi presencia agravaría al emperador, ni tampoco ir al ejército, en donde mi presencia llamaría demasiado la atención del soldado. ¿Qué he de hacer? Esperar: eso es lo que se me contesta. Por otra parte me dicen que no me perdonan haber abandonado al emperador el año último, al paso que cartas de París decían cuando combatía recientemente por la Francia: *Todo el mundo está aquí encantado con el rey*. El emperador me escribía: *Cuento con vos; contad conmigo; nunca os abandonaré*. El rey José me escribía: *El emperador me manda escribiros que marchéis inmediatamente á los Alpes*. Y cuando al llegar le manifestó sentimientos generosos y le ofrezco combatir por la Francia, soy enviado á los Alpes: Ni una palabra de consuelo se envió siquiera al que jamás comelió con él otra falta que la de haber contado demasiado con sentimientos generosos, sentimientos que nunca tuvo para conmigo.

«Amiga mía, os ruego que me hagáis conocer la opinion de la Francia y del ejército con respecto á mí. Es preciso saber soportarlo todo, y mi valor me hará

superior á todas las desgracias. Todo se ha perdido menos el honor; he perdido el trono, pero he conservado toda mi gloria; me vi abandonado por mis soldados, que han salido vencedores en todos los combates; pero yo nunca fui vencido. La desercion de veinte mil hombres me puso á merced del enemigo; un barco de pescador me salvó del cautiverio, y un buque mercante me puso en tres dias en las costas de Francia.»

Tolon 18 de junio de 1815.

«Acabo de recibir vuestra carta. Me es imposible pintaros las diferentes sensaciones que me ha hecho experimentar. He podido por un momento olvidar mis desgracias. Nada me ocupa sino mi amiga, cuya alma noble y generosa acaba de consolarme y demostrarme su dolor. Tranquilizaos, todo se ha perdido; pero queda el honor; mi gloria sobrevivirá á todas mis desgracias, y mi valor sabrá hacerme superior á todos los rigores de mis destinos: nada temais por este lado. He perdido trono y familia sin conmovirme; pero la ingratitude me ha indignado. He perdido todo por la Francia, por su emperador, por orden de este, y ahora se me imputa á crimen el haberlo hecho. Me niega el permiso de combatir y de vengarme, y no soy libre en la eleccion de mi retiro. ¿Concebís toda mi desgracia? ¿Qué he de hacer? ¿Qué partido tomar? Soy francés y padre: como francés debo servir á mi patria, como padre debo ir á compartir la suerte de mis hijos; el honor me impone el deber de combatir; la suerte y la naturaleza me dice que debo ser de mis hijos. ¿A quién he de obedecer? ¿No podré satisfacer á ambos? ¿Me será permitido escuchar al uno ó al otro? Ya el emperador me rehusa las armas; ¿y el Austria me concederá los medios de ir á reunirme con mis hijos? ¿Se los ire á pedir yo, que nunca he querido tratar con sus ministros? Ahí teneis mi situacion: dadme consejos. Aguardaré vuestra respuesta, la del duque de Otranto y la de Luciano, antes de tomar una determinacion. Consultad bien la opinion sobre lo que se cree que me conviene hacer, porque no soy libre en la eleccion de mi retiro: se echa la vista sobre lo pasado, y se me hace un crimen de haber perdido, por orden, mi trono, cuando mi familia gime en el cautiverio. Aconsejadme: escuchad la voz del honor, la de la naturaleza, y como juez imparcial tened el valor de escribirme lo que he de hacer. Aguardaré vuestra respuesta en el camino de Marsella á Lyon.»

Dejando á un lado las vanidades personales y esas ilusiones que provienen del trono, aun cuando sea de un trono en donde no se haya sentado uno sino un momento, estas cartas nos demuestran la idea que Murat tenia formada de su cuñado.

Bonaparte pierde segunda vez el imperio; Murat recorre sin asilo sobre aquellas mismas playas que vieron vagar á la duquesa de Berri. El 22 de agosto de 1815 unos contrabandistas consienten en pasar á él y á otros tres á la isla de Córcega. Levantáse una tempestad, y le recibe á su bordo la barquilla que hacia el servicio entre Bastia y Tolon. Apenas deja su embarcacion se abre esta, y llegando á Bastia el 25 de agosto, corre á ocultarse en la aldea de Vescovato, en casa del viejo Colonna-Ceccaldi, Reunírensele doscientos oficiales con el general Franceschetti, y marcha sobre Ajaccio: la ciudad materna de Bonaparte era la única que se mantenía en favor de su hijo: de todo su imperio no poseía Napoleón mas que su cuna. La guarnicion de la ciudadela saluda á Murat, y quiere proclamarle rey de Córcega: niégase á ello, no encontrando igual á su grandeza mas que el cetro de las Dos-Sicilias. Su ayudante, Mugirone, le trae de París la decision del Austria, en virtud de la cual debe dejar el título de rey y re-

tirarse á su voluntad á Bohemia ó á Moldavia.—«Es demasiado tarde, respondió Joaquín, querido Mugirone, la suerte está ya echada.» El 28 de setiembre se hace Murat á la vela hácia Italia: siete buques iban cargados con sus doscientos cincuenta servidores: había desdeñado convertir en reino la estrecha patria del hombre inmenso, y lleno de esperanza, seducido por el ejemplo de una fortuna superior á la suya, partía de aquella isla, de donde había salido Napoleón para tomar posesion del mundo. No los mismos lugares, sino los genios semejantes, son los que producen los mismos destinos.

Una tempestad dispersó la escuadrilla, y Murat fue arrojado el 8 de octubre en el golfo de Santa Eufemia, casi en el momento en que Bonaparte llegaba á la roca de Santa Elena.

De sus siete embarcaciones no le quedaban mas que dos, inclusa la suya. Desembarca con unos treinta hombres, y trata de sublevar las poblaciones de la costa: los habitantes hacen fuego contra su tropa. Las dos embarcaciones se internan en el mar: Murat estaba vendido. Corre á un barco encallado: trata de hacerle servir, y el barco permanece inmóvil. Rodeado Murat y preso entre ultrages por el mismo pueblo que hace poco se entusiasmaba gritando «¡viva el rey Joaquín!» fue conducido al castillo de Pizzo. Ocupáronle á él y á sus compañeros proclamas insensatas que demostraban los sueños en que se mecen los hombres hasta su último momento.

Tranquilo Murat en su prision, decía:—«No guardaré para mí sino el reino de Nápoles; mi primo Fernando conservará la segunda Sicilia.» Y en aquel momento una comision militar condenaba á Murat á muerte. Cuando supo su sentencia, le abandonó su firmeza por algunos instantes; derramó lágrimas, y exclamó:—«Yo soy Joaquín, rey de las Dos-Sicilias!» Olvidaba que Luis XVI había sido rey de Francia, el duque de Enghien nieto del gran Condé, y Napoleón árbitro de la Europa: la muerte en nada tiene lo que hemos sido.

Un sacerdote es siempre un sacerdote, hágase y dígase lo que se quiera, y devuelve á un corazón intrépido la fuerza perdida. El 13 de octubre de 1815, despues de haber escrito Murat á su mujer, fue conducido á una sala del castillo de Pizzo, renovando en su novelesca persona las aventuras brillantes ó trágicas de la edad media. Doce soldados, que quizá habían servido á sus órdenes, le aguardaban formados en dos filas. Murat ve cargar las armas, rehusa dejarse vender los ojos, y como capitán experimentado elige por sí mismo el puesto en que las balas pueden alcanzarle mejor.

Luego que le apuntaron, y en el momento de ir á hacer fuego, dijo: «Soldados, librad el rostro; apuntad al corazón.» Y cayó, estrechando en sus manos los retratos de su mujer y de sus hijos: estos retratos adornaban antes el puño de su espada. Aquello no era sino un asunto mas que el valiente acababa de zanjar con la vida.

Los diferentes géneros de muerte de Napoleón y de Murat conservan los caracteres de su existencia.

Murat, tan amigo del fausto, fue enterrado sin pompa en Pizzo, en una de esas iglesias cristianas cuyo caritativo seno recibe compasivamente las cenizas de todos.

MADAMA RECAMIER VUELVE Á FRANCIA.—CARTA DE MADAMA DE GENLIS.

Mad. Recamier, de vuelta á Francia, pasó por Roma en los momentos en que el papa regresaba á ella. En otra parte de estas *Memorias* hemos visto á Pio VII conducido despues de ser puesto en libertad en Fontainebleau hasta las puertas de San Pedro. Joaquín, con vida aun, iba á desaparecer, y Pio VII apa-

recia de nuevo. Detrás de ellos Napoleón estaba herido: la mano del conquistado dejaba caer al rey y encubría al pontífice.

Pio VII fue recibido con gritos que conmovian las ruinas de la ciudad de las ruinas. Desengancharon los caballos de su carruaje, y la multitud le llevó hasta las gradas de la iglesia de los Apóstoles. El padre santo nada oía ni veía: en éxtasis su espíritu, tenía el pensamiento lejos de la tierra, y solo se levantaba su mano sobre el pueblo por la tierna costumbre de las bendiciones. Penetró en la Basílica al ruido de los clarines y al cántico del *Te-Deum*, entre las exclamaciones de los suizos de la religion de Guillermo Tell. Los incensarios le enviaban perfumes que él no aspiraba: no quiso que le llevasen sobre el pavimento, bajo la sombra del dosel y de las palmas, y fue como un naufrago que cumplierse un voto á Nuestra Señora del Buen Socorro, y como encargado por Jesucristo de una mision que debía renovar la faz de la tierra. Iba vestido con un ropaje blanco; y sus cabellos, que aun se conservaban negros, á pesar de las desgracias y de los años, formaban contraste con la palidez del anacoreta. Así que llegó al sepulcro de los Apóstoles, se prosternó de rodillas, y se quedó hundido, inmóvil y como muerto en los abismos de los consejos de la Providencia. La emocion era profunda: varios protestantes, testigos de aquella escena, lloraban de ternura.

¿Qué campo para meditaciones! ¡Un sacerdote achacososo, caduco, sin fuerza y sin defensa, arrebatado del Quirinal y trasladado en cautiverio al fondo de las Galias; un mártir que no esperaba mas que su tumba, libertado de las manos de Napoleón, que oprimía al globo, y recobrando el imperio de un mundo indestructible cuando se estaban preparando las tablas de una prision de Ultramar para aquel formidable carcelero de pueblos y reyes!

Pio VII sobrevivió al emperador, y vió volver al Vaticano las obras maestras, amigos fieles que le habían acompañado en su destierro. De vuelta de su persecucion, el pontífice septuagenario, prosternado bajo la cúpula de San Pedro, mostraba á la vez toda la debilidad del hombre y la grandeza de Dios.

Al bajar Mad. Recamier los Alpes de la Saboya, encontró en el puente de Beauvoisin la bandera y escarapela blancas. Las procesiones del *Corpus*, que recorrian las ciudades, parecían haber vuelto con el rey Cristianísimo. La viajera llegó á Lyon cuando tenía lugar una fiesta por la restauracion. El entusiasmo era sincero. Al frente de los regocijos se hallaban Alejo de Noailles y el coronel Clary, cuñado de José Bonaparte. Lo que se dice hoy de la frialdad y tristeza con que fue acogida la legitimidad en su primera restauracion es una mentira impudente. La alegría fue general en las diferentes opiniones, aun entre los convencionalistas, y hasta los imperialistas, si se exceptúan los soldados: su noble orgullo padecía con aquellos reveses. Hoy, que no se siente ya el peso del gobierno militar, y que se han despertado las vanidades, es preciso negar los hechos, porque no se concilian bien con las teorías del momento. Conviene á un sistema que la nacion haya recibido con horror á los Borbones y que la restauracion haya sido una época de opresion y de miseria. Esto conduce á tristes reflexiones sobre la naturaleza humana. Si los Borbones hubiesen tenido el gusto y la fuerza de oprimir, se podían lisonjear de conservar por largo tiempo el trono. Las violencias é injusticias de Bonaparte, peligrosas para su poder en apariencia, le sirvieron en realidad. Se espanta uno de las iniquidades; pero se forja de ellas una grande idea, y está dispuesto á mirar como un ser superior al que se coloca sobre las leyes.

Mad. de Stael, que llegó á París antes que madama Recamier, le había escrito muchas veces; pero solo este billete llegó á sus manos:

Paris 20 de mayo de 1814.

«Estoy avergonzada de hallarme en París sin vos, querido ángel de mi vida: os pregunto vuestros proyectos. ¿Queréis que os reciba en Coppet, en donde pienso permanecer cuatro meses? Después de tantos sufrimientos, mi mas dulce perspectiva sois vos, y mi corazón os está consagrado para siempre. Una palabra sobre vuestra marcha y vuestra llegada. Aguardo esa palabra para saber lo que he de hacer. Os escribo á Roma, á Nápoles, etc.»

Mad. de Genlis, que nunca habia tenido relaciones con Mad. Recamier, se apresuró á aproximarse á ella. Encuentro en un pasaje la expresion de un deseo que, realizado, habria ahorrado al lector mi narracion.

11 de octubre.

«Aquí teneis, señora, el libro que he tenido el honor de prometeros. He marcado las cosas que deseo leais... Venid, señora, á contarme vuestra historia en estos términos, como se hace en las novelas. Luego os pediré que la escribais en forma de memorias, que estaran llenas de interés, porque desde los primeros años os habeis visto arrojada, con una figura encantadora y un ánimo dotado de tacto y penetracion, en medio de aquellos torbellinos de errores y locuras, y todo lo habeis visto, conservando durante aquellas borrascas sentimientos religiosos, un alma pura, una vida sin mancha, un corazón sensible y fiel á la amistad, sin envidia ni pasiones rencorosas, motivos todos que os harán describir todo con los colores mas verdaderos. Sois uno de los fenómenos de estos tiempos, y por cierto el mas amable.

«Me enseñareis vuestras Memorias: mi larga experiencia os ofrecerá algunos consejos, y hareis una obra útil y deliciosa. No vayais á responderme: *No me siento capaz*, etc., pues nunca os dejaré pasar esos lugares comunes, que son indignos de vuestro talento. Podeis echar sin remordimiento una mirada atrás, cosa que en todo tiempo es el derecho mas bello de todos, y en el que estamos inapreciable. Aprovechadlo para instruccion de la jóven que estais educando, pues será para ella vuestro mayor beneficio.

«Adios, señora: permitidme decir os amo y os abrazo con toda mi alma.»

CARTAS DE BENJAMIN CONSTANT.

Ahora que tenemos en París á Mad. Recamier, voy á encontrar de nuevo por algun tiempo á mis primeros guías.

La reina de Nápoles, inquieta de las resoluciones del congreso de Viena, escribió á Mad. Recamier para que le proporcionase un hombre capaz para tratar de negocios en Viena. Mad. Recamier se dirigió á Benjamin Constant y le rogó redactase una memoria. Esta circunstancia tuvo sobre el autor de dicha memoria una influencia desastrosísima, y un sentimiento horracoso fue la consecuencia de una entrevista. Bajo el imperio de ese sentimiento, Benjamin Constant, ya violento anti-bonapartista, como se ve en *El Espíritu de conquista*, dejó correr opiniones cuyo curso no tardaron en cambiar los sucesos. De ahí provino una reputacion de movilidad política funesta para los hombres de Estado.

Mad. Recamier, sin dejar de admirar á Bonaparte, habia permanecido fiel á su aversion contra el opresor de nuestras libertades y contra el enemigo de Mad. de Stael. En cuanto á lo que tocaba á ella misma, ni siquiera pensaba en ello, y habria hecho muy poco caso de su destierro. Las cartas que Benjamin Constant le escribió en aquella época sirvan de estudio, si no

del corazón humano, á lo menos de la cabeza humana: vése en ellas todo lo que un espíritu irónico y novelesco, sério y poético podia hacer de una pasion. Rousseau no es mas verdadero; pero mezcla á sus amores de imaginacion una melancolía sincera y una ilusion verdadera:

ARTICULOS DE BENJAMIN CONSTANT AL REGRESO DE BONAPARTE DE LA ISLA DE ELBA.

Entre tanto Bonaparte habia desembarcado en Cannes, y principiaba á hacerse sentir la perturbacion de su proximidad. Benjamin Constant envió este billete á Mad. Recamier.

«Perdonad si me aprovecho de la ocasion para molestaros; pero la ocasion es harto favorable. Mi suerte quedará decidida seguramente dentro de cuatro ó cinco dias, porque aun cuando os complacierais en no creerlo para disminuir vuestro interés, soy ciertamente con Marmont, Chateaubriand y Lainé uno de los cuatro hombres mas comprometidos de Francia. Es seguro por lo tanto que si no vencemos, dentro de ocho dias estaré ó proscrito y fugitivo, ó en un calabozo ó fusilado. Concededme, pues, durante los dos ó tres dias que precedan á la batalla la mayor parte de tiempo y el mayor número de horas que os sea posible. Si muero, tendreis un placer en haberme hecho ese bien, y en el caso contrario sentiriais haberme afligido. Mi sentimiento por vos es mi vida: una señal de indiferencia hace mas daño que pudiera hacerlo dentro de cuatro dias mi sentencia de muerte. Y cuando conozco que el peligro es un medio de obtener de vos una muestra de interés, solo alegría me causa.

«¿Os ha contentado mi artículo, y sabeis lo que dicen de él?»

Benjamin Constant tenia razon, y estaba tan comprometido como yo: afiliado á Bernadotte, habia servido contra Napoleon, y habia publicado su escrito *El Espíritu de conquista*, en el que trataba al tirano peor de lo que yo lo hacia en mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Hablando en los periódicos, llevó su riesgo al mas alto grado.

El 19 de marzo, en los momentos en que Bonaparte se hallaba á las puertas de la capital, fue bastante enérgico para firmar en el *Diario de los Debates* un artículo que terminaba con esta frase: «No iré, como un miserable trasfuga, á arrastrarme de un poder á otro, á cubrir la infamia con el sofisma, y á tartamudear palabras profanas para rescatar una vida vergonzosa.»

Benjamin Constant escribia á la que le habia inspirado esos nobles sentimientos: «Me alegro de que mi artículo haya aparecido: al menos no se podrá poner hoy en duda mi sinceridad. Tengo en mi poder un billete que me escriben despues de haberlo leído: si recibiese otro semejante de otra persona, subiria gozoso al cadalso.»

Mad. Recamier se ha echado siempre en cara haber ejercido, sin quererlo, una influencia semejante sobre un destino digno de respeto. Nada es, en efecto, mas triste que inspirar á caracteres veleidosos esas resoluciones enérgicas, que son incapaces de sostener.

Benjamin Constant desmintió el 20 de marzo su artículo del 19. Después de dar algunos rodeos para alejarse, volvió á París, y se dejó seducir por Bonaparte. Nombrado consejero de Estado, borró sus generosas páginas, trabajando en la redaccion del *Acta adicional*.

Desde entonces llevó en su corazón una secreta herida, y no arrojó con seguridad la opinion de la posteridad: su vida triste y marchitada no contribuyó poco á su muerte. ¡Dios nos libre de echar en cara

miserias de que no se hallan exentas las naturalezas mas elevadas! El cielo no nos concede talentos sino asociando á ellos debilidades, expiaciones ofrecidas á la debilidad y á la envidia. Las debilidades de un hombre superior son esas víctimas negras que la antigüedad sacrificaba á los dioses infernales, y á pesar de las que estos nunca se dejaban desarmar.

MAD. DE KRUDENER.—EL DUQUE DE WELLINGTON.

Mad. Recamier habia permanecido durante los Cien-Dias en Francia, en donde la reina Hortensia la invitaba á quedarse: la reina de Nápoles le ofrecia, por el contrario, un asilo en Italia. Trascurrieron los Cien-Dias. Mad. de Krudener siguió á los aliados que habian llegado de nuevo á París. Esta habia caido de la novela en el misticismo, y ejercia una grande influencia en el ánimo del emperador de Rusia.

Mad. de Krudener vivia en una casa del barrio de Saint-Honoré, que tenia un jardín que se extendia hasta los Campos-Eliseos. Alejandro llegaba de incógnito por una puerta del jardín, y aquellas conferencias político-religiosas terminaban por fervientes oraciones. Mad. de Krudener me invitó á una de aquellas hechicerías celestes; pero yo, el hombre de todas las quimeras, tengo el odio del desvarío, la abominacion de lo nebuloso y el desden de las puerilidades: no puede uno ser perfecto. La escena me fastidió: cuanto mas queria yo orar, tanto mas sentia la aridez de mi alma. Nada encontré que decir á Dios, y el diablo me impulsaba á reír. Me agradaba mas Mad. de Krudener cuando, rodeada de flores y habitante todavía de esta tierra, componia á *Valeria*. Unicamente pensaba en que mi antiguo amigo, Mr. Michaud, mezclado de una manera extraña en aquel idilio, no tenia mucho de pastor, á pesar de su nombre. Mad. de Krudener, convertida en serafín, procuraba rodearse de ángeles, como lo acredita este encantador billete de Benjamin Constant á Mad. Recamier:

Jueves.

«Voy á cumplir con cierto embarazo una comision que acaba de darme Mad. de Krudener. Esta os suplica que vayais lo menos hermosa que os sea posible, pues dice que deslumbráis á todo el mundo, y que por este motivo se hallan turbadas todas las almas, y se hacen imposibles las atenciones. No podeis desprenderos de vuestro encanto; pero no trateis de realizarlo. Muchas cosas podria añadir acerca de vuestra persona con este motivo; pero no tengo valor para ello. Puede uno dejar campea su ingenio sobre el encanto que agrada; pero no sobre el que mata. Os veré dentro de poco: me habeis señalado la hora de las cinco; pero no volvereis hasta las seis, y no podré hablaros una palabra. Trataré, no obstante, de ser tambien amable esta vez.»

¿No aspiraba tambien el duque de Wellington al honor de atrarse una mirada de Julieta? Uno de sus billetes, que copié á continuacion, solo es curioso por su firma.

Paris 15 de enero.

«Confieso, señora, que no siento mucho que los negocios me impidan ir á vuestra casa despues de comer, porque cada vez que os veo me separo de vos mas penetrado de vuestras bellas prendas y menos dispuesto á conceder mi atencion á la política. Pasaré por vuestra casa mañana, al regresar de casa del abate Sicard, en caso de que os halleis en ella, y á pesar del efecto que estas peligrosas visitas producen en mí.

«Vuestro muy fiel servidor,

«WELLINGTON.»

Al entrar el duque de Wellington en casa de madama Recamier de regreso de Waterloo, exclamó:— «¡Bien le he batido!» En un corazón francés su triunfo le habria hecho perder de vista la victoria, aun cuando nunca hubiese podido aspirar á ella.

VUELVO Á HALLAR Á MAD. RECAMIER.—MUERTE DE MAD. DE STAEL.

En una época dolorosa para el renombre de la Francia fue cuando volví á hablar á Mad. Recamier: en la época de la muerte de Mad. de Stael. La autora de *Delfina*, de regreso á París despues de los Cien-Dias, habia vuelto con la salud quebrantada: Habiala yo visto en su casa, y en la de la duquesa de Duras. Empeorando poco á poco su estado, se vió precisada á guardar cama. Una mañana habia ido á su casa, calle de Royal, y vi que las puertas-ventanas estaban abiertas en solo una tercera parte: el lecho, próximo á la pared del fondo del cuarto, no dejaba mas que un espacio entre cama y pared á la izquierda: las cortinas recogidas sobre las varillas formaban dos columnas á la cabecera de la cama. Mad. de Stael, medio sentada, estaba sostenida por almohadas. Acerqueme, y luego que mi vista se fue acostumbrando á la oscuridad, distinguí á la enferma. Una ardiente calentura animaba sus mejillas; su hermosa mirada tropezó conmigo en las tinieblas, y ella me dijo:—«Buenos dias, my dear Francis: sufro, pero eso no me impide amaros:» y al pronunciar estas palabras, me alargó su mano, que yo estreché y besé. Al levantar la cabeza, divisé al lado opuesto de la cama, en el espacio entre esta y la pared, cierta cosa que se levantaba blanca y delgada: era Mr. de Rocca, con el rostro descompuesto, las mejillas hundidas, los ojos llorosos, la tez indefinible: estabase muriendo; yo no lo habia visto, ni lo he vuelto á ver mas. No abrió la boca, y solo se inclinó al pasar por delante de mí; no se oia el ruido de sus pasos, y se alejó como una sombra. Luego que llegó á la puerta se volvió hacia el lecho para contemplar á Mad. de Stael. Aquellos dos espectros que se miraban en silencio, pálido el uno y en pie, y el otro sentado y teñido con el color de una sangre próxima á bajar y helarse en el corazón, hacian estremecer.

Pocos dias despues Mad. de Stael mudó de habitacion, y me convidó á comer en su casa, calle Nueva de Mathurins. Fui allá, y ella no estaba en el salon, ni pudo siquiera asistir á la comida; pero ignoraba que la hora fatal estuviese tan próxima. Pusimonos á la mesa, y yo me hallé sentado al lado de Mad. Recamier. Hacia doce años que no la habia visto, y aun entonces no la vi mas que por un momento. Yo no la miraba, ni ella me miraba: no cambiábamos una sola palabra, cuando al terminarse la comida me dirigió ella tímidamente algunas palabras sobre la enfermedad de madama de Stael. Volví un poco la cabeza, y levanté los ojos. Temeria profanar hoy por la boca de mis años un sentimiento que conserva en mi memoria toda su juventud y cuyo encanto se aumenta á medida que mi vida se retira. Aparto mis ancianos dias para descubrir detrás de ellos apariciones celestes, para oír desde lo profundo del abismo las armonías de una region mas feliz.

Mad. de Stael murió. El último billete que escribió á Mad. de Duras estaba trazado en gruesas letras, mal colocadas, como las de un niño. Habia en él una palabra afectuosa para Francis. El talento que espira abarca mas que el individuo que muere: es un desconsuelo general de que se halla herida la sociedad: todos en el mismo instante sufren la misma pérdida.

Con Mad. de Stael se hundió una parte considerable del tiempo en que yo he vivido: esas brechas que una inteligencia superior forma al caer en un siglo,

no vuelven á cerrarse jamás. Su muerte me causó una impresión particular, á la que se mezclaba una especie de sorpresa misteriosa; en casa de aquella mujer ilustre fue donde conocí á Mad. Recamier, y despues de largos dias de separacion, Mad. de Stael reunia dos personas viajeras que habian llegado á ser casi extrañas una para otra, y les dejaba en una comida fúnebre su recuerdo y el ejemplo de su cariño inmortal.

Fui á ver á Mad. Recamier á la calle Baja de Rempart, y despues á la calle de Anjou. Cuando uno se halla unido de nuevo á su destino, cree no haberse apartado nunca de él; la vida, segun la opinion de Pitágoras, no es mas que una reminiscencia. ¿Quién no recuerda en el curso de sus dias algunas pequeñas circunstancias indiferentes á todos menos al que las recuerda? En la casa de la calle de Anjou habia un jardin, y en este jardin un cenador de tilos, por entre cuyas hojas divisaba yo un rayo de luna cuando esperaba á Mad. Recamier: ¿no se me figura que ese rayo es para mí, y que si fuese bajo los mismos árboles volveria á hallarle? Nada me acuerdo del sol que he visto brillar sobre muchas frentes.

LA ABADÍA DEL BOSQUE.

Encontrábase en el momento de verme obligado á vender mi posesion de *La Vallée-aux Loups* que tenia alquilada madama Recamier por mitad con Mr. de Montmorency.

Angustiada mas y mas Mad. Recamier por la fortuna, se retiró inmediatamente á la *Abadía del bosque*.

La duquesa de Abrantes habla así de aquella mansion:

«La *Abadía del bosque*, con todas sus dependencias, sus hermosos jardines y sus grandes claustros, en donde jugaban niñas de todas edades, de mirada serena y traviesas conversaciones, la *Abadía del bosque* no era conocida sino como una santa morada á la que una familia podia confiar su esperanza, y aun así no era conocida sino por las madres que tenían un interés mas allá de su elevada pared. Pero cuando la hermana Maria cerraba la puertecita coronada de un ático, limite del santo dominio, se atravesaba el gran patio que separa el convento de la calle, no solo como un terreno neutral, sino extranjero.

«Hoy no sucede lo mismo; el nombre de la *Abadía del bosque* se ha hecho popular, y su renombre es general y familiar á todas las clases. La mujer que va á ella por primera vez, con decir á sus criados: — «A la *Abadía del bosque*,» puede estar segura de que no le preguntarán qué camino han de seguir. . . .

«¿De dónde ha adquirido en tan corto tiempo una fama tan positiva, un renombre tan conocido? ¿Veis dos ventanitas allí arriba en lo alto, encima de las ventanas de la escalera grande? Es una de las pequeñas habitaciones de la casa. Pues bien, de su recinto ha sido de donde ha tomado origen el renombre de la *Abadía del bosque*; desde allí ha bajado y se ha hecho popular. ¿Y cómo no lo habia de ser cuando todas las clases de la sociedad sabian que en aquel cuarto habitaba un ser, cuya vida estaba desheredada de todos los goces, y que sin embargo tenia palabras consoladoras para todos los pesares, expresiones mágicas para suavizar todos los dolores, socorros para todos los infortunios?»

«Cuando desde el interior de su calabozo entrevió Couder el cadalso (1), ¿de quién invocó la compasion? — «Ve á casa de Mad. Recamier, dijo á su hermano, y dile que soy inocente ante Dios... ella comprenderá este testimonio...» Y Couder se salvó. Mad. Recamier

(1) Estaba comprometido en el asunto de Borics.

asoció á su acto liberal á aquel hombre que posee al mismo tiempo el talento y la bondad; Mr. Ballanche secundó sus pasos, y el cadalso devoró una victima menos.

«Era casi una maravilla ofrecida al estudio del espíritu humano aquella pequeña celda, á la que una mujer, cuya reputacion es mas que europea, habia ido á buscar descanso y un asilo conveniente. El mundo se olvida ordinariamente de los que no se acomodan ya á sus festines; pero no lo hizo así con la que en otro tiempo, en medio de sus mismos placeres, escuchaba mas bien un lamento que el acento del regocijo. No solo el pequeño cuarto del tercer piso de la *Abadía del Bosque* fue siempre el objeto de las excursiones de los amigos de Mad. Recamier, sino que como si el prestigio de una hada hubiese suavizado la fatiga de la subida, aquellos mismos extranjeros que reclamaban como un favor ser admitidos en el elegante salon de la *Chaussée d'Antin*, solicitaban todavia la misma gracia. Era para ellos un espectáculo tan notable como cualquiera cosa extraña de París el ver en un espacio de veinte piés de largo por diez de ancho todas las opiniones reunidas bajo una misma bandera, marchando en paz y dándose casi la mano. El vizconde de Chateaubriand contaba á Benjamin Constant las maravillas desconocidas de la América. Mateo de Montmorency, con aquella urbanidad que le era peculiar, y aquella finura caballeresca propia de todo el que lleva su nombre; era tan respetuosamente atento con Mad. Bernadotte, que iba á reinar en Suecia, como lo hubiera sido con la hermana de Adelaida de Saboya, hija de Humbert, de las Blancas manos, aquella viuda de Luis el Gordo, que se habia casado con uno de sus antepasados. Y el hombre de los tiempos feudales no tenia ninguna palabra amarga para el hombre de los dias libres.

«Sentadas al lado una de otra en un mismo divan, la duquesa del barrio de Saint-Germain se hacia cortés con la duquesa imperial: nada habia en lucha en aquella celda sin igual. Cuando volví á ver á Mad. Recamier en aquel cuarto, volvía yo de París de donde habia estado ausente mucho tiempo. Iba á pedirle un favor, y me acercaba á ella con confianza. Ya sabia yo por amigos comunes de ambos el grado de fuerza á que habia llegado su valor; pero á mí me faltó al verla allí en aquella elevada habitacion, tan serena y tranquila como en los salones dorados de la calle de Mont-Blanc.

«¡Ay! dije entre mí; siempre padecimientos. Y mis ojos humedecidos se fijaban en ella con una expresion que debió comprender. ¡Ay! mis recuerdos salvaban los años y abarcaban lo pasado. Aquella mujer, azotada siempre por la tempestad; aquella mujer, á quien la fama habia colocado sobre la corona de flores del siglo, hacia diez años que veia su vida cercada de dolores, cuyo choque heria á golpes redoblados su corazon y la mataba...»

«Cuando guiada por antiguos recuerdos y un constante atractivo elegí la *Abadía del Bosque* por asilo, la pequeña habitacion del tercer piso no estaba ya habitada por aquella á quien iba á buscar: Mad. Recamier ocupaba entonces un cuarto mas espacioso, en donde la vi de nuevo. La muerte habia aclarado las filas de los combatientes alrededor suyo, y de todos aquellos campeones políticos. Mr. de Chateaubriand era entre sus amigos casi el único que habia sobrevivido. Pero tambien llegó á sonar para él la hora de los desengaños y de la ingratitud real. Fue prudente, se despidió de aquellas falsas apariencias de felicidad, y abandonó el incierto poder tribunicio por otro mas positivo.

«Ya se ha visto que en aquella habitacion de la *Abadía del Bosque* se agitaban otros intereses que los literarios, y que los que sufrían podían volver á ella una mirada de esperanza. Con la investigacion constante

en que me hallo hace algunos meses de todo lo que tiene relacion con la familia del emperador, he hallado algunos documentos que no me parecen fuera del caso en este momento.

«La reina de España se hallaba en la precision absoluta de volver á Francia, y escribió á Mad. Recamier suplicándole se interesase en la peticion que hacia de ir á París. Mr. de Chateaubriand se hallaba á la sazón en el ministerio; y la reina de España, conociendo la lealtad de su carácter, tenia la mayor confianza en el buen éxito de su pretension. Sin embargo, la cosa no era fácil, porque habia de por medio una ley que condenaba á toda aquella familia desgraciada, hasta en sus individuos mas virtuosos. Pero Mr. de Chateaubriand abrigaba ese sentimiento de noble compasion hacia la desgracia, que le hizo escribir mas adelante estos tiernos conceptos:

«Respecto de los grandes, no soy sospechoso, y solo sus desgracias me mueven á respeto. Odio á ese Faraon rodeado de esplendores; pero, si sucumbe, rindo al punto homenaje á su corona, pues la adversidad le hace rey á mis ojos. Reconozco la augusta autoridad de las lágrimas. Cortesano de la desgracia, etc.»

«Mr. de Chateaubriand escuchó los intereses de una persona desgraciada; consultó su deber, que no le impuso el recelo de temer á una débil mujer, y dos dias despues de la peticion que le fue dirigida, escribió á Mad. Recamier que la esposa de José Bonaparte podia regresar á Francia, y preguntando dónde estaba, á fin de dirigirla, por medio de Mr. Durand de Mareuil, ministro francés, á la sazón en Bruselas, el permiso para ir á París bajo el nombre de condesa de Ville-neuve. Al mismo tiempo escribió á Mr. de Fagel.

«He referido el hecho anterior con tanto mas gusto, cuanto que honra á la vez á la que pedia y al ministro á quien se pedia: á la una por su noble confianza, y al otro por su noble humanidad.»

Mad. de Abrantes elogia sobradamente mi conducta, que ni siquiera merecia la pena de ocuparse de ella; pero como no refiere todo lo relativo á la *Abadía del bosque*, voy á suplir lo que encuentro omitido.

El capitán Roger, otro Couder, habia sido sentenciado á muerte. Mad. Recamier me habia asociado á su obra piadosa para salvarle. Benjamin Constant habia intercedido asimismo en favor de aquel compañero de Caron y entregado al hermano del sentenciado la carta siguiente para Mad. Recamier:

«Nunca me perdonaria, señora, el estaros molestando continuamente; pero no es culpa mia si hay sin cesar sentenciados á muerte. Esta carta os será entregada por el hermano del desgraciado Roger, condenado con Caron. Es esta la historia mas odiosa y mas conocida. El nombre solo pondrá á Mr. de Chateaubriand al corriente del hecho. Este es bastante feliz para ser á la vez el primer talento del ministerio, y el único ministro durante cuya permanencia en el poder no haya corrido sangre. Nada tengo que añadir, y me remito enteramente á vuestro corazon. Muy triste es no teneros que escribir sino para asuntos dolorosos; pero sé que me perdonais, y estoy seguro de que añadiréis un desgraciado mas á la numerosa lista de los que habeis salvado.

«Os saluda con el mas tierno respeto

«B. CONSTANT.»

Paris 1.º de marzo de 1825.

Quando el capitán Roger fue puesto en libertad, se apresuró á manifestar su reconocimiento á sus bienhechores. Una tarde me hallaba yo en casa de madama

Recamier, como de costumbre, cuando se presentó de repente aquel oficial, el cual nos dijo con acento del Mediodia: — «A no ser por vuestra intercesion, mi cabeza habria rodado sobre el cadalso.» Quedámonos estupefactos, porque habiamos olvidado nuestros merecimiento; pero él exclamaba colorado como un gallo: — «¿No os acordais? ¿No os acordais?...» En vano dábamos mil excusas por nuestra falta de memoria: él se marchó, chocando una con otra las espuelas de sus botas, furioso de que no recordásemos nuestra buena accion, como si hubiera tenido que echarnos en cara su muerte.

Por aquella época pidió Talma á Mad. Recamier verme en casa de esta, para ponerse conmigo de acuerdo sobre ciertos versos del *Otelo* de Ducis que no le permitian decir tal como estaban. Dejé los negocios, y fui corriendo á la cita, pasando la tarde en recomponer con el moderno Roscio los versos malaventurados: él me proponia una variante, y yo le proponia otra, rimando ambos á porfia; y nos retiráramos, ya á la ventana, ó ya á un rincon del cuarto, para compaginar un hemistiquio. Mucho trabajo nos costó ponernos de acuerdo, ya en cuanto al sentido, ya en cuanto á la armonía. Hubiera sido cosa curiosa haberme visto á mí, ministro de Luis XVIII, y á Talma, rey de la escena, olvidando lo que podiamos ser, para apostárnoslas á hablar, dando al diablo la censura y todas las grandezas del mundo. Pero si Richelieu hacia representar sus dramas soltando á Gustavo Adolfo en Alemania; ¿no podia yo, humilde secretario de Estado, ocuparme de las tragedias de otros yendo á buscar la independencia de Francia á Madrid?

La duquesa de Abrantes, cuyo ataud he saludado en la iglesia de Chaillot, no ha descrito mas que la morada que habitaba Mad. Recamier: yo voy á pitar el asilo *solitario*. Un corredor oscuro separaba dos piezas pequeñas, y me parecia que este vestibulo estaba iluminado por una claridad suave. Adornaban la alcoba una biblioteca, un arpa, un piano, el retrato de madama de Stael y una vista de Coppet á la luz de la luna: sobre las ventanas habia algunos tios de flores. Cuando cansado de haber subido tres pisos entraba yo en aquella celda á la caída de la tarde, no podia menos de entusiasmarme; las ventanas daban al jardin de la Abadía, en cuya verde alfombra paseaban las religiosas y corrían las pensionistas. A la altura de la vista llegaba la cima de una acacia: agudos campanarios cortaban el cielo y se divisaban en el horizonte las colinas de Sévres. El sol al ponerse doraba al panorama y penetraba por las ventanas abiertas. Mad. Recamier estaba sentada al piano, y tocaban á las Ave-Marias: los sonidos de la campana, que parecia llorar el dia que espiraba, «*il giorno pianger che si muore*,» se mezclaban á los dulces acentos de la invocacion á la noche de *Romeo y Julieta* de Steibelt. Algunos pájaros venían á recogerse en las celosías levantadas, y yo iba á buscar el silencio y la soledad por encima del tumulto y el ruido de una gran poblacion.

Al darme Dios aquellas horas de paz me indemnizaba de mis horas de agitacion, dejándome entrever el próximo reposo que cree mi fe y llama mi esperanza. Molestado por fuera con mis ocupaciones políticas ó disgustado por la ingratitud de la corte, me aguardaba en el interior de aquel retiro la calma del corazon como el fresco de los bosques al salir de una llanura abrasadora. Yo hallaba la serenidad al lado de una mujer, cuya tranquilidad se extendia enredador suyo, sin que fuese por eso demasiado igual, porque pasaba al traves de sentimientos profundos. ¡Ay! los hombres que yo encontraba en casa de Mad. Recamier, Mateo de Montmorency, Camilo Jordan, Benjamin Constant, el duque de Laval, han ido á reunirse á Hingant, Touber, Fontanes, otros ausentes, de otra sociedad tambien ausente. Entre esas amistades sucesivas han aparecido jóvenes amigos, vástagos primaverales de una